vinetur

Franziska Gänsler y el incendio que nunca llega a prender en el lector

El verano eterno parte de una premisa fascinante, pero su lectura acaba abriendo un debate mayor: hasta qué punto el lenguaje sostiene una novela.

martes 21 de julio de 2026

ESCRITO POR LAIA ACEBES



Hay novelas cuya premisa resulta irresistible. Un hotel casi vacío, un bosque que arde sin descanso, una ola de calor que convierte el aire en una amenaza y una mujer que llega con su hija huyendo de un peligro que nunca termina de mostrar del todo su rostro. Sobre el papel, El verano eterno, la primera novela de la alemana Franziska Gänsler, reúne todos los elementos de un thriller psicológico contemporáneo atravesado por la crisis climática. Sin embargo, su lectura acaba planteando una cuestión mucho más interesante que la propia historia que cuenta: ¿qué ocurre cuando una novela tiene una gran idea, pero su voz narrativa no consigue convertirla en una experiencia?

La literatura contemporánea ha encontrado en la emergencia climática un escenario especialmente fértil para explorar los miedos del presente. En El verano eterno, el fuego deja de ser únicamente un fenómeno natural para convertirse en un estado de ánimo. Bad Heim, un antiguo balneario del sur de Alemania, permanece aislado bajo una lluvia constante de cenizas mientras el incendio avanza al otro lado del río. El paisaje parece suspendido en una espera interminable, como si el verdadero desastre aún estuviera por llegar.

En ese escenario permanece Iris Lehmann, responsable de un hotel que sobrevive casi vacío. La llegada inesperada de Dori y su hija Ilya rompe la monotonía del encierro. Ambas parecen escapar de alguien. Poco después, una llamada telefónica introduce una inquietud adicional: al otro lado de la línea, un hombre afirma que su mujer representa un peligro para la niña. A partir de ese momento, la novela desplaza el foco del apocalipsis ecológico hacia una forma mucho más íntima de amenaza: la manipulación psicológica, el abuso invisible y la erosión progresiva de la percepción de la realidad.

La propuesta es sólida. Franziska Gänsler combina dos de las grandes preocupaciones de nuestro tiempo —la crisis climática y la violencia psicológica— en un mismo espacio cerrado, convirtiendo el hotel en una especie de cámara de resonancia donde el miedo exterior encuentra su reflejo en los conflictos privados de sus habitantes. Todo invita a pensar en una novela de atmósfera, donde el paisaje termine contaminando también la respiración del lector.



Franziska Gänsler

El verano eterno

Traducción del alemán de Marc Jiménez Buzzi



Y, sin embargo, ahí aparece la principal paradoja del libro.

La tensión está construida desde los acontecimientos, pero rara vez desde el lenguaje. La autora describe el calor, la ceniza, el bosque o la sensación de aislamiento con eficacia, pero la prosa permanece siempre en un plano funcional. Informa más de lo que sugiere. Explica antes que evoca. La amenaza existe dentro de la historia, aunque pocas veces termina instalándose en quien lee.

Quizá sea precisamente ahí donde reside la diferencia entre una novela correcta y una verdaderamente memorable.

La literatura no vive únicamente de las historias que cuenta. Vive, sobre todo, de la manera en que decide contarlas. Hay libros donde la atmósfera nace mucho antes que los acontecimientos. No hace falta que suceda nada extraordinario porque son el ritmo de las frases, las pausas, las imágenes o la cadencia de la sintaxis quienes construyen la inquietud.

Resulta inevitable pensar, por ejemplo, en Lo que pasa de noche, de Peter Cameron. También allí un hotel aislado funciona como espacio de incertidumbre. Sin embargo, Cameron consigue que el propio lenguaje respire esa extrañeza. Sus silencios, su mirada sobre los espacios y la precisión de cada frase convierten lo cotidiano en algo inquietante. El lector no solo comprende la amenaza: la siente.

En El verano eterno, por el contrario, la atmósfera parece depender siempre de aquello que ocurre y no tanto de la forma en que está escrito. El calor aparece descrito, pero nunca termina pesando sobre la piel. El humo ocupa el paisaje, aunque rara vez invade la respiración del lector. Incluso los personajes, especialmente Iris, permanecen a cierta distancia emocional. Sus acciones resultan comprensibles, pero su mundo interior apenas alcanza el espesor necesario para convertirlos en presencias memorables.

Todo ello no invalida la inteligencia de la propuesta. Al contrario. El libro demuestra una notable capacidad para construir conflictos contemporáneos y plantea con sensibilidad cuestiones como la violencia coercitiva, la manipulación emocional o la fragilidad de la verdad cuando una víctima empieza a dudar incluso de su propia percepción.

Pero también recuerda algo que con frecuencia pasa desapercibido cuando hablamos de literatura: una buena historia no garantiza una gran novela.

Porque, al final, lo que permanece en la memoria del lector no siempre es el argumento. Muchas veces es una voz. Esa manera única e irrepetible de mirar el mundo que transforma una sucesión de hechos en una experiencia estética.

Franziska Gänsler, nacida en Augsburgo en 1987 y reconocida con el Premio de Fomento de las Artes de Baviera por esta primera novela, demuestra un indudable talento para detectar las grietas emocionales del presente. El verano eternoconfirma esa intuición y deja entrever una autora con una mirada propia. Quizá el siguiente paso consista precisamente en permitir que esa mirada encuentre una voz narrativa capaz de hacer que el lector no solo observe el incendio, sino que sienta el calor de las llamas.